

CAPITULO XV

LA PROVINCIA DE FILIPINAS DESDE 1652 HASTA 1705

SUMARIO: 1. En 1653 se reaniman los trabajos apostólicos con la llegada de una expedición de misioneros y con el apoyo del Arzobispo y del Gobernador.—2. En Mindanao, rebelión de Corralat y martirio de los PP. Alejandro López y Juan de Montiel en 1655.—Muerte de algunos hombres ilustres y progreso de las misiones en los veinte años siguientes.—4. Principio del ruidoso pleito entre el Arzobispo D. Fray Felipe Pardo y la Audiencia de Manila.—5. Persecuciones que con esta ocasión padece la Compañía, y término de este litigio.—6. Se restablece poco a poco la tranquilidad a fines del siglo XVII.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Philippinarum, Historia V.*—2. *Philippinarum Catalogi triennales.*—3. Documentos del Archivo de Indias.—4. Documentos del Archivo secreto del Vaticano.—5. Documentos del Archivo de Estado en Roma.—6. Relación de D. Fray Felipe Pardo.—7. Memorial del P. Antonio Jaramillo.—8. Combés, *Historia de Mindanao y Joló.*

1. A mediados del siglo XVII era poco halagüeño el estado general de la ciudad de Manila. El terremoto llamado entonces de San Andrés, porque sobrevino el 30 de Noviembre de 1645, había derribado en tierra la catedral y los principales edificios públicos y privados de la ciudad. Cierta malestar y desorden general había sucedido a esta catástrofe, que había mudado el aspecto de toda la población. Por otra parte, el gobierno áspero y algo arbitrario de D. Diego Fajardo había sembrado muchas enemistades, y mantenía cierta inquietud constante en todos los ánimos. Deseaban generalmente todos cambiar de postura y recibir otros hombres que dirigiesen mejor la cosa pública.

Este cambio llegó felizmente el año 1653, con el nuevo Arzobispo y el nuevo Gobernador que juntos saltaron en tierra el 22 de Julio en Cavite. El Arzobispo era D. Miguel Poblete y con él iban D. Fray Rodríguez de Cárdenas de la Orden de Santo Domingo, Obispo de Cagayán, el Oidor D. Salvador Gómez de Espinosa, y el Fiscal D. Juan de Bolívar. El Gobernador nuevo era D. Sabiniano Manrique de Lara, natural de Málaga, caballero

de la Orden de Calatrava, hombre muy cristiano y prudente, de cuyo buen juicio se habían concebido grandes esperanzas. También llegaba una remesa de religiosos, entre los cuales debemos nosotros contar la primera parte de la misión que despachaba desde Madrid el P. Miguel Solana, enviado por procurador desde Filipinas cinco años antes. Había obtenido este Padre permiso para llevar treinta y dos sujetos a Filipinas, pero después de grandes diligencias no había podido reunir en 1652 sino diez y nueve. Estos los envió delante, y él se quedó todavía en Madrid, porque no había terminado el enojoso pleito de la Universidad, de que hablamos bastante en el tomo anterior. Por último, embarcóse el mismo P. Solana el año siguiente 1653 y llegó felizmente a Manila con siete sujetos, un sacerdote, Jerónimo de Ortega y seis Hermanos estudiantes, que muy pronto recibieron las sagradas órdenes.

Fueron recibidas con grandes demostraciones y festejos las dos supremas autoridades del Archipiélago. El Sr. Poblete bendijo a las Islas apenas puso los pies en tierra y se dirigió a la iglesia principal, siendo festejado en el camino por las Ordenes Religiosas, que salían en comunidad a las puertas de sus domicilios para dar al Prelado la bienvenida. Uno de los primeros cuidados del nuevo Arzobispo fué publicar un jubileo que le había concedido la Santidad de Inocencio X. Hízose la publicación el 1 de Marzo de 1654 y todos los fieles se dispusieron con el fervor y la viva fe de aquellos tiempos a participar de esta gracia. Innumerables personas se acercaban al tribunal de la confesión, y según dice el P. Murillo Velarde, se calculó que por entonces se confesaron en Manila más de cuarenta mil personas, número verdaderamente crecido si se atiende a la reducida población que entonces solían contar nuestras ciudades coloniales (1).

Enterado el nuevo Arzobispo de la situación de Manila, aplicó desde luego toda su actividad a la reconstrucción de la catedral arruinada por el temblor de 1645. El 20 de Abril de 1654 bendijo la primera piedra, y con la asistencia del Gobernador y de toda la ciudad, se empezó el nuevo edificio. Al mismo tiempo hizo otra demostración sumamente grata para todos y principal-

(1) *Hist. de la prov. de Filipinas de la Comp. de Jesús*, l. III, c. 1. En este capítulo pueden verse además otros pormenores sobre la llegada del Arzobispo y del Gobernador.

mente para la Compañía de Jesús. Ya el año anterior 1653 había determinado el Ayuntamiento de Manila elegir por patrón general de aquellas islas a San Francisco Javier, y se había obligado a asistir a las vísperas y fiesta de su día en corporación y a suministrar la cera necesaria para la solemnidad. Después eligieron al Santo por patrono de todos los viajes que se hiciesen desde Filipinas a Nueva España, y por último, pidieron al Arzobispo y al Cabildo eclesiástico que también ellos acompañasen a la piedad de los fieles y consagrasen a San Francisco Javier por patrón de Filipinas. El devotísimo Sr. Poblete no tuvo dificultad en aceptar la idea del Ayuntamiento, y con toda la solemnidad que era de rigor en estos casos, fué elegido el Apóstol de las Indias por patrón de todo el Archipiélago Filipino. El P. Murillo Velarde copia la fórmula de que se sirvió el Cabildo, cuyas palabras sustanciales son las siguientes: «Por tanto, los Sres. Deán y Cabildo, unánimes y conformes, acordaron y determinaron que siendo recibido por Patrono el glorioso San Francisco Javier, este Cabildo vaya a celebrar su fiesta y decir misa el día de su festividad a la iglesia de la Compañía de Jesús.» Todo lo cual confirmó por su auto el Ilmo. Sr. D. Manuel Poblete, Arzobispo de Manila, el 10 de Marzo de 1654 (1).

A estas demostraciones de piedad, hechas principalmente en la capital, se siguió un esfuerzo apostólico para predicar misiones en otros países del Archipiélago. Apenas vuelto de España había sido designado Provincial el P. Miguel Solana. Poco después indicóle el Sr. Arzobispo que se publicase por todas partes el jubileo de las misiones. En la carta que dirigió al P. Provincial, para proponerle esta idea, decía estas palabras significativas: «Hame ofrecido Dios por medio ocurrir a V. P. y a la religión de la Compañía, como a quien tanto me ayuda en el bien de las almas que están a mi cargo, que con tanto celo obra, para que se sirva disponer se publique el jubileo de las misiones» (2). Admitió nuestro Provincial con toda su alma la idea sugerida por el Prelado, y publicóse el jubileo en la cuaresma de 1655. Fué muy bien recibida esta gracia por el pueblo cristiano. Con la fe propia de aquellos tiempos, innumerables penitentes venían a los pies de nuestros confesores, anhelando ganar las gracias es-

(1) Murillo Velarde, *op. cit.*, l. III, c. 4.

(2) Copia este fragmento el P. Murillo Velarde, l. III, c. 5.

pirituales del jubileo, y se calculó en unas veinte mil las confesiones oídas en nuestro colegio durante la cuaresma (1).

2. Lo que se hizo en la capital se fué repitiendo en todos los domicilios que la Compañía tenía en el Archipiélago. En todas partes se dió un impulso fervoroso a los ministerios apostólicos y tuvieron nuestros Padres el consuelo de santificar innumerables almas por medio del sacramento de la confesión y comunión. Hasta la isla de Mindanao se extendió el movimiento espiritual que había empezado en Manila; pero desgraciadamente se detuvo muy pronto por la perfidia del rey moro Corralat, que dominaba en una parte considerable de la isla y era un enemigo permanente de la religión católica y de la bandera española. Entendiendo la dificultad que habría en dominar por las armas a este sultán y a otros reyezuelos que asomaban por aquellas islas, habían procurado nuestros gobernadores mantener buenamente la paz y evitar conflictos y rompimientos militares. Cuando tomó el mando D. Sabiniano Manrique de Lara, quiso asegurar la paz en Mindanao, y por medio del P. Francisco Lado, rector de Zamboanga, envió una carta a Corralat, manifestándole el deseo en que se hallaba de conservar la amistad antigua que los españoles habían asentado con él. Respondió el moro en términos corteses pero algo vagos. Pronto advirtieron nuestros Padres que aquel hombre se había mudado, ya por la natural volubilidad de su carácter, ya porque le hubieran maleado los piratas holandeses, aves siniestras que nunca faltaban en el Archipiélago Filipino y que nos hacían guerra implacable, aliándose con los moros, con los japoneses y con todos los que de un modo o de otro pudieran perjudicar a España.

En 1655, no atreviéndose a romper abiertamente con los españoles, Corralat envió a un embajador suyo, llamado Banua, con el pretexto ostensible de ratificar las paces. Dejose ver este embajador en Manila y por todas partes iba dando muestras de bastante insolencia, por lo cual sospechaban muchos, que no podría durar la paz entre españoles y moros. Presentó sus cartas a D. Sabiniano y algunos obsequios de Corralat. Llamó algo la atención el que pusiera varias condiciones para la paz un poco difíciles de cumplir. No quiso por ello nuestro Gobernador que se interrumpiesen nuestras buenas relaciones con los moros, y de-

(1) *Id. ibid.*

terminó corresponder, enviando de su parte a Corralat un embajador que le había de ser bastante grato, como era el P. Alejandro López de nuestra Compañía, que personalmente había conocido y tratado al Sultán (1).

Este ilustre misionero había nacido en Jaca el año 1604, de padres nobles y bien acomodados. A los diez y nueve años le habían enviado a Méjico por indicación de un tío suyo, que se había hecho extraordinariamente rico en la capital de Nueva España. Llegado a ella nuestro Alejandro, procuró su tío meterle en los negocios que a él le habían enriquecido, pero su sobrino observó que su deseo era consagrarse a los estudios. Empezó, pues, a estudiar en nuestro colegio y poco tiempo después pasó a Filipinas en compañía del Gobernador Niño de Tavora. Prosiguió en Manila los estudios que había empezado en Nueva España y con muestras de aventajado ingenio cursó toda la filosofía y la teología, mostrando en actos públicos de estas ciencias las dotes sobresalientes de talento que Dios le había concedido. En 1631 al terminar sus estudios se ordenó de sacerdote y un mes después entró en la Compañía.

Como ya tenía acabada la carrera de sus estudios, muy pronto le pudieron aplicar los superiores al trabajo de las misiones. Poseía facilidad notable para aprender lenguas, y fué uno de los que mejor aprendieron la de los chinos. Durante algún tiempo nadie como el P. Alejandro López sabía catequizar, instruir y gobernar a los neófitos chinos que tan numerosos solían ser en Manila. En 1637, fué enviado a Mindanao en compañía del venerable P. Marcelo Mastrilli y del Gobernador Hurtado de Corcuera. Ya entonces se dió bastante a conocer por su celo, y en los años siguientes fué uno de los hombres más activos en promover la verdadera fe, en estudiar las lenguas de aquel país y en entenderse con las personas que de un modo o de otro tuvieran influjo entre aquellos isleños. En 1652, habiendo acudido a la congregación provincial de Manila, fué elegido socio y secretario del Padre Provincial y por aquellos años debió redactar varios libros de que nos da cuenta en las siguientes palabras el P. Murillo Velarde.

«El P. Alejandro López, dice este autor, predicó a los espa-

(1) Para este episodio de Corralat debe consultarse principalmente la obra del P. Francisco Combés, *Historia de Mindanao y Joló*, l. VIII, los cuatro primeros capítulos. De ellos tomó sin duda sus noticias el P. Murillo Ve-

ñoles, a los chinos o sangleyes, a los indios, a los lutaos, a los mindanaos y joloos, a cristianos, gentiles y moros y en todos logró bastante fruto. Hizo muchos, muy largos y muy peligrosos viajes de Manila a Zamboanga, a Mindanao, a Joló y a otras partes. Expuso por esto mil veces su vida a las tempestades del mar, a las balas y flechas de los enemigos y a la infidelidad de los bárbaros y de los moros, sin que peligros tan evidentes acobardasen su ánimo, que ardiente con la caridad, siempre estaba pronto a ejecutar la más eficaz prueba de su eficacia en dar por el prójimo la vida. Por el deseo de ayudar a las almas aprendió con gran dificultad varias lenguas, y entre ellas la de los sangleyes o chinos, que es sumamente difícil. Y por hacer el fruto que deseaba por las manos de muchos, hizo varios libros, quitándose para esto muchas veces aun el sueño y descanso necesario. Escribió un libro en lengua lutaya, que es la más común en aquellas islas, en que refutó con eficaces razones la secta de Mahoma. Hizo un arte y vocabulario en la misma lengua, con grande utilidad de los nuevos misioneros, pues por allí aprendían la lengua para poder catequizar y predicar a aquellas gentes. En la misma lengua tradujo la doctrina del cardenal Bellarmino, no menos útil para los misioneros que para los indios. También hizo otros tratados españoles de grande utilidad y provecho y una historia de Mindanao» (1).

No dice el P. Murillo si estos libros llegaron a imprimirse, o se conservaron solamente en copias, cosa no rara en nuestras regiones coloniales, donde escaseaban las imprentas. De todos modos reconozcamos que la actividad apostólica del P. Alejandro López debió ser muy notable en las islas Filipinas.

Este hombre fué el que escogió D. Sabiniano Manrique de Lara para embajador suyo en presencia de Corralat. Partió para su destino por Octubre de 1655 y llevaba grandes esperanzas de conseguir, no solamente la paz, sino también facultad para levantar iglesias en los dominios del rey moro. Llevó en su compañía al P. Juan de Montiel, joven religioso llegado a Filipinas un año antes con el P. Solana, y que ordenado a los pocos meses de presbítero, empezaba entonces su carrera apostólica, cuando sólo contaba veinticinco años. Llegados ambos a Mindanao, avilarde, aunque añadiendo algunos datos que no trae Combés sobre la actividad literaria del P. Alejandro López.

(1) Op. cit., l. III, c. 7.

só el P. Alejandro a Corralat de su venida y del oficio de embajador que le había encomendado el Gobernador de Filipinas. El moro respondió de una manera tan seca y desabrida, que ya desde entonces temieron los Padres algún fin siniestro. En su respuesta pedíale Corralat que le enviase las cartas del Gobernador, sin presentarse él. Respondió el misionero, que nunca se había usado desempeñar las embajadas de aquel modo. Siempre el embajador debía entregar sus cartas en mano del soberano a quien iba delegado.

Después de algunas demandas y respuestas, le admitió por fin Corralat a su presencia, y el P. Alejandro le entregó las cartas de D. Sabiniano. Enojóse mucho al leerlas el musulmán, y disputó algo con el Padre, terminando la controversia mandando Corralat al misionero que saliese de su presencia. Los indios Lutayos que acompañaban al P. López, le indicaron que convenría retirarse, pues el genio y carácter de Corralat anunciaba alguna grave catástrofe. No pensó nuestro embajador que llegarían a tanto las cosas, y perseveró todavía algunos días en el mismo punto. Corralat ejecutó efectivamente su venganza, pero de un modo traidor y solapado, muy propio de los moros. Valióse para este efecto de su sobrino el príncipe Balatamay, que tenía sus dominios en los altos de Buhayén. Este llamó al P. Alejandro López en nombre de la reina, y nuestro misionero, esperando que por medio de ella podría suavizar el ánimo de Corralat, por ser mujer de buenos sentimientos, acudió a la llamada con mucha puntualidad. El que le conducía le llevó en derecha a Baltamay, quien ya tenía apostados varios moros para ejecutar su designio. Puesto en presencia del príncipe, estuvo el Padre hablando un rato con él y entre tanto empezaron a asomar moros a la deshilada por un lado y por otro. Seguía la plática con aire de indiferencia, cuando de repente un moro lanzándose sobre el Padre le clavó una lanza por la espalda. Otros desenvainaron sus alfanjes y le abrieron el cráneo a cuchilladas, mientras la víctima invocaba suavemente los nombres de Jesús y María. Otros moros corrieron en busca del P. Montiel y repitieron con él la bárbara crueldad que habían ejecutado con el Padre Alejandro López. Sucedió este martirio el 13 de Diciembre de 1655.

Cuando se supo en Manila este horrible desafuero, se procuró preparar las armas para vengar tal iniquidad. Empero como las

distancias eran tan largas y las comunicaciones tan difíciles, no se pudo durante algún tiempo hacer otra cosa que hostigar al enemigo y defenderse también de las hostilidades que con nueva insolencia empezaron a hacer los moros contra los puestos habitados por españoles. Continuóse largo tiempo una guerra de asaltos y de sorpresas, parte por mar y parte en los pueblos donde desembarcaban unos y otros, guerra de pocas victorias y de bastantes calamidades, que por fin se fué sosegando como de suyo poco a poco al cabo de algunos años (1).

3. Entretanto los misioneros diseminados en las islas del Archipiélago promovían fervorosamente la predicación del Evangelio y adquirían una a una nuevas ovejas para el rebaño del buen Pastor. Al llegar al año 1659 nos encontramos con un catálogo interesante, firmado por el P. Provincial. En él se anotan todos los pueblos evangelizados y gobernados por jesuitas, y el número de habitantes que cada uno posee, distribuidos en diversas clases de casados, solteros, jóvenes, niños y esclavos. Hecha la cuenta total, resulta que los pueblos dirigidos por jesuitas eran ochenta y tres, y que en ellos vivían cincuenta y dos mil doscientos veinticinco cristianos (2). Debe estimarse mucho esta conversión de tanto número de infieles, hecha sin duda poco a poco gracias al trabajo constante de nuestros operarios evangélicos.

Al mismo tiempo iban sucumbiendo algunos, y muy ilustres, gastados por las fatigas de su profesión. El 2 de Julio de 1655 murió en Noboc el P. Pedro de Auñón, nacido en el Obispado de Cuenca el año 1575 y que pasó a Filipinas en 1603. Ya llevaba, pues, como medio siglo trabajando en la conversión de los infieles, aunque durante algún tiempo hubo de ejercitar el oficio de ministro y de rector. El 30 de Noviembre de 1656 expiró en Manila el P. Ignacio Múgica, natural de Bilbao, que trabajó treinta y un años en Filipinas. El año siguiente 1657, expiraba un antiguo Provincial de Filipinas, el P. Diego Patiño, aunque bien lejos del teatro de sus fatigas apostólicas. Nacido en Tarancon, provincia de Cuenca, había pasado a Filipinas el año 1632. Varios años ejerció el ministerio apostólico en las tierras de len-

(1) Sobre este martirio de los Padres véase a Combés (*op. cit.*, l. VIII, c. 3) y a Murillo Velarde, que dedica dos capítulos a este suceso en el libro III.

(2) *Philipp. Catalogi triennales 1595-1696*. Este catálogo está firmado por el P. Provincial Francisco de Roa.

gua Bisaya y fué elegido Provincial en 1653. Terminado su provincialato, le escogió por su procurador la provincia para ir a Roma. Embarcóse para Acapulco, como era entonces costumbre, y atravesando la Nueva España, continuó su viaje hacia el Oriente, pero al llegar a la isla de Tenerife se sintió de repente muy enfermo, y como allí no existía casa de la Compañía, se hospedó en el convento de los PP. Dominicos. Estos religiosos le prodigaron todos los cuidados que la religiosa caridad podía suministrar a un enfermo. Asistido por ellos expiró el 26 de Julio de 1657 a los cincuenta y nueve de su edad.

Al año siguiente 1658 perdió la provincia a otro hombre importante, al P. José de Quesada, natural de Sassari en Cerdeña, que murió ahogado en una navegación. He aquí un género de muerte a que estaban expuestos los religiosos de Filipinas. Siendo aquellos mares tan agitados y las naves tan rudimentarias, solía ofrecerse muy a menudo el peligro de naufragar, mientras los valientes misioneros corrían en alas de su celo apostólico de una isla en otra, para llevar la luz de la fe.

Mucho más sentida que las anteriores fué la muerte del Padre Francisco Colín, que terminó la carrera de su vida apostólica el 6 de Mayo de 1660. Podemos decir con verdad que fué el jesuita más insigne de Filipinas en todo el siglo XVII. Nacido en Ripoll el año 1592, fué admitido en la Compañía cuando sólo contaba quince años, en Barcelona en 1607 (1). Completó sus estudios literarios en Gerona y después fué enviado a Mallorca para estudiar la filosofía. Allí tuvo la felicísima suerte de tratar con mucha intimidad al santo portero Alonso Rodríguez, de quien pudo recibir, como San Pedro Claver, lecciones de piedad y religión. La teología la estudió después en Barcelona y cuando la provincia de Aragón se prometía servicios eminentes de un hombre dotado de virtud religiosa y de singulares talentos, pidió el Padre Colín con mucha instancia ser enviado a las misiones de Indias. Fuertes dificultades se opusieron a esta petición, ya por los nuestros, que no querían desprenderse de un sujeto tan principal, ya por ilustres personas que se confesaban con él y le suplicaban no se apartase para siempre de ellas. El celo de la gloria de Dios

(1) Las noticias más seguras y cumplidas sobre el P. Colín nos las da el P. Pablo Pastells en la nueva edición de la *Labor evangélica* o Historia de nuestra provincia de Filipinas citada tantas veces en nuestros tomos anteriores. Véase la *Introducción* de esta obra desde la página 225 en adelante.

que ardía en el P. Colín supo romper por todas las dificultades y por fin llegó a Filipinas en Junio de 1626.

Treinta y cuatro años trabajó en el Archipiélago. Algún tiempo ejerció el oficio de misionero, y por cierto en las regiones más duras y difíciles, como en la isla de Mindoro que empezaba a conquistarse para la fe. Otros muchos años hubo de desempeñar varias cátedras y cargos de gobierno y principalmente fué Provincial de Filipinas desde 1639 hasta principios de 1644 (1). Concluido este oficio parece que dedicó los ocios de su ancianidad principalmente a componer su historia de la provincia de Filipinas, que fué, según opinión general de los críticos, la obra más notable sobre Filipinas que se escribió en todo el siglo XVII. Aunque el fondo del libro era nuestra historia doméstica, añadió el P. Colín todo lo que pudo averiguar sobre los hechos políticos, sobre las expediciones, negociaciones, embajadas y otros sucesos de importancia que enriquecen considerablemente el tesoro de noticias encerrado en su historia. Otra obra sumamente simpática para nosotros escribió el P. Colín antes de embarcarse para Filipinas, y fué la vida del santo Hermano Alonso Rodríguez. Esta biografía ha sido como la fundamental de todas las que se han escrito posteriormente sobre San Alonso. Prescindimos de otras muestras que dió su actividad literaria, pues el P. Colín a un gran conocimiento de varias ciencias añadía un estilo bastante fácil y una expresión desembarazada, que no solía ser muy común en los naturales de Cataluña cuando escribían en castellano.

Las virtudes religiosas que constantemente ejerció le hicieron más respetable que sus grandes talentos. Aprendió sin duda de San Alonso Rodríguez, aquel espíritu de recogimiento, de piedad y tiernísima devoción que le acompañó toda su vida. Siempre parecía que iba tomando nuevos alientos para ser más fervoroso y en sus últimos años mostró la solicitud diligente que

(1) El P. Pastells (*loc. cit.*) dice que fué dos veces Provincial y lo apoya con el texto de las cartas anuas de los años 1659-1665. El texto citado es difícil de explicar. Dice así: «*Certior factus Praepositus Generalis de tanti viri dotibus... bis totius provinciae regimine addixit, quam quadriennium summa omnium laetitia atque approbatione administravit.*» Cuatro años seguidos fué Provincial. ¿Dónde está el tiempo del segundo provincialato? El P. Murillo Velarde, que al fin de su Historia pone un catálogo de los Provinciales de Filipinas, sólo anota una vez el nombre del P. Colín, y esó que tiene buen cuidado de advertir os que secundaron en el oficio.